

## VIII

Gustavo pasó en Berlín, en casa de los Baerwald, las vacaciones de Pascua del año 1890. El profesor pidió consejo á la sagacidad femenina de la esposa de su amigo. La señora Tillim, después de su matrimonio, le había hecho dos ó tres recomendaciones de personas que habían ido á Bruselas; las cartas estaban escritas del modo más afectuoso y cordial, como si continuaran siendo los mejores amigos del mundo. ¿Cómo debía portarse por parte suya? ¿Le dejaría una tarjeta en casa ó le escribiría á su vuelta, diciéndole que había pasado unos días en Berlín, y que no había tenido tiempo, por la corta estancia en dicha capital, para ir á ofrecerle sus respetos?

—Puede usted creer, mi querido Bruchstaedt, que todos esos cuidados no tienen objeto alguno —le contestó la señora Baerwald—. Lo único que tiene usted que hacer es no ocuparse de esta señora.

—Eso no es posible; de cualquier modo, le debo por lo menos un acto de atención.

—¿Que le debe usted?...—repitió la señora de Baerwald—. Usted no puede deber nada á una per-

sona que se ha estado burlando de usted constantemente.

—Es usted muy severa. Pero, después de todo, yo no tengo derecho á dirigirle ninguna censura.

—No hablemos de su matrimonio; yo me refería á su historia con Ham Danewitz.

—No le conozco.

—Con Danewitz, el pianista, que ha sido su amante después de su estancia en Magdeburgo, y precisamente en la época en que nos decía que estaba para casarse con usted.

—Perdone usted, querida amiga, pero eso es una cosa que yo no puedo creer de ningún modo; eso deben ser chismes y cuentos.

—Bien—dijo la señora Baerwald con acento tranquilo—: vamos á ver las pruebas.

—Eso será difícil.

—Más fácil de lo que usted cree. Yo he leído, por mí misma, las cartas amorosas que Danewitz recibía diariamente de esa señora; le pediré que me deje una y se la enseñaré á usted.

—¿Y cree usted que un hombre le va á entregar á usted una carta amorosa de una mujer á quien usted conoce?

—Danewitz, si se le pide, no tendrá inconveniente en que se lean públicamente esas cartas.

—¿Pero quién es ese hombre?

—Un pianista muy simpático y el mejor hombre del mundo, pero que tiene el defecto de referir á todos sus conquistas.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
BIBLIOTECA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA  
RESERVA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA  
N.º 10.000

Gustavo continuaba sin poder dar crédito á lo que estaba escuchando. Era posible, se decía, que hubiese existido algo entre Paula y el tal Danewitz después del regreso de Paula de Bruselas; pero inmediatamente después de Magdeburgo era imposible.

Cuando al día siguiente por la mañana Gustavo se presentó en el comedor, la señora Baerwald, sin pronunciar una palabra, puso delante de él varias cartas. El profesor las cogió y las examinó. Era la letra de Paula, era el mismo olor á violetas que no había concluido de disiparse por completo; en la esquina del papel la misma flor de relieve, y los timbres de correos indicaban las fechas de Noviembre y Diciembre de 1884 y Enero y Febrero de 1885. Eran las mismas frases ardientes que tan bien conocía, y que le había escrito á no dudarlo Paula en los mismos días y en las mismas horas.

«Antes de ir á la velada, tengo todavía tiempo de enviarte un saludo. ¿Te has tomado el trabajo de pensar en mí? ¿Sí?... ¡Oh, cuánto me amas! Contéstame, mi querido Ham.» «Anoche no te he olvidado. Te he besado en el cuello.» «Te amo, adorado de mi alma, y cuando cierro los ojos, sueño que te tengo entre mis brazos, me quedo tranquila y te dejo amarme.» «Querido, querido, querido Ham...»

Gustavo soltó una carcajada y dijo á la señora Baerwald, devolviéndole las cartas:

—Es una copia perfecta; no falta ni una sola letra.

—Bueno; ¿está usted ahora convencido de la clase de persona que es su Paula?—dijo la señora Baerwald con un acento más que de triunfo de censura.

—Sí—contestó Gustavo, que añadió después de reflexionar unos instantes:—Sí y no; porque yo no comprendo á esa mujer. ¿Á qué ha venido, después de todo, á hacer esa comedia conmigo?

—Eso está tan claro como el agua: porque quería casarse á todo trance.

—No, querida amiga; en ese caso hubiera obrado de otra manera.

—Porque comenzó por entregarse á usted, ¿no es eso lo que quiere usted decir? Pues bien; un hombre á quien le gusta una mujer de esa índole, no se detiene ante ningún escrúpulo. Desde el momento en que no la despreció usted...

—Yo creía que había obrado por amor.

—¡Ah, sí! Usted no es un don Juan de salón, pero sí un ilustre hombre de ciencia, y la señora, con su habilidad, conoció, desde luego, el plan de ataque que debía emplear con usted. Fingió el papel de mujer enamorada, y ustedes, señores de la creación, no dejan nunca de caer en el engaño.

Gustavo movió la cabeza.

—Esa explicación no es bastante; yo no resultaba para ella un gran partido.

—Usted es siempre un buen partido—exclamó la señora Baerwald con impaciencia—, y la señora no tenía dónde escoger.

—Yo no puedo creer que una mujer como ella desee casarse á cualquier precio. La libertad debe resultarle preferible.

—Usted ignora, sin duda, que á pesar de cuanto le diga, su situación comienza á resultarle insostenible, y que su mismo padre había concluido por no ocuparse de ella. Casarse con un hombre respetable significaba para ella su rehabilitación social y la reconciliación con su padre, que es rico, y de ese modo podía continuar su vida de desorden, aunque su marido no tuviese gran fortuna.

—Bien; pero entonces, ¿cómo podía cometer la maldad de estar al mismo tiempo en relaciones con Danewitz?

—Usted no cuenta con el impudor y la desvergüenza de esas mujeres.

—Es verdad, y sin embargo, una cosa resulta todavía incomprensible para mí: la tentativa de suicidio, porque eso traspasa los límites de la coquetería.

—¡Charlatanismo también!—exclamó la señora Baerwald—. Lo mismo que su enfermedad del corazón; pesa, lo menos, ciento cincuenta libras y rinde, valsando, á media docena de tenientes.

—No, querida amiga; yo sé en eso á qué atenerme. Los golpes fueron mal dados, pero se los hizo con sinceridad; no puede llevarse la mentira hasta ese extremo.

Baerwald, que hasta entonces había almorzado en silencio, leyendo al mismo tiempo un periódico,

como para demostrar que aquella conversación no le agradaba, soltó el diario y salió de su mutismo.

—Has de ver, amigo mío, que los seres humanos son simples problemas de aritmética; tu renuncia hirió la vanidad de la dama y tu resistencia estimuló su obstinación, y se encarnizó en el combate. Su misma mentira le resultó una ley tiránica; le ocurrió lo que á los cazadores de gamuzas, que se internan demasiado en la montaña y ya no pueden retroceder; ella había hecho y dicho demasiado, y tenía que seguir avanzando, aunque fuera á riesgo de cortarse el cuello.

Gustavo escuchaba con la cabeza baja.

—Sí, eso es—murmuró.

—Pero á todo esto, paréceme que nos hemos ocupado bastante de esa cuestión—añadió Baerwald.

—Tienes razón—contestó su mujer haciendo un gesto de asentimiento; y volviéndose hacia Bruchstaedt, añadió:—Nuestra conversación es posible que no le agrade, porque temo que ame usted todavía á esa señora.

—Esté usted tranquila—contestó Gustavo—; y además, puedo asegurar á ustedes que no la he amado nunca.

—¡Vamos! ¡vamos!—dijo la señora Baerwald con una sonrisa de incredulidad.

—Repito á usted que no la he amado nunca.

—Ya sé que siempre le ha dicho usted lo mismo á Federico: pero perdóneme usted; usted me preguntaba hace un momento por qué ella le fingía

amor. Pues con más derecho puedo yo preguntarle: ¿y por qué se lo fingía usted á ella?

—Eso tiene una fácil explicación, aunque no me sirva de excusa. Era por atención, por debilidad, por delicadeza...

—Y un poco también por vanidad, ¿no es eso?—interrumpió Baerwald.

—También por vanidad. Debo confesar mi falta, que bastante he expiado. He casi destrozado el corazón de mi pobre madre, que me temo no vuelva á recobrar la tranquilidad por completo; he perdido el poderme casar con una joven encantadora, con la que hubiera sido, sin duda, dichoso; he casi perdido su amistad, y perdido mi propia estimación. Un año de mi vida que hubiese podido ser fecundo y ha sido estéril, y lo que es aún peor: he perdido la fe en el amor.

—Eso es lo que no comprendo—dijo la señora Baerwald.

—Pues sí; he visto que sin amar se puede, sin embargo, encontrar todas las palabras, todos los gestos, representar todos los actos que, al parecer, sólo inspira el verdadero amor. Ustedes no deben extrañarse si, después de la experiencia de que he sido objeto, me pregunto con escepticismo al presenciar una manifestación de amor: ¿si será verdadera? Creo que lo que me ha ocurrido es la mayor coraza de defensa para un corazón.

Gustavo hizo una pausa, pero antes que tuviera tiempo de continuar, Baerwald dijo:

—¿Sabes que debías escribir tu novela?

—¿Para qué?—preguntó Gustavo.

—Para publicarla.

—¡Gran Dios!—exclamó la señora Baerwald.

—Seguramente—añadió su marido insistiendo—, la historia es típica, y podría servir de lección á otros. Tiene moraleja edificante, veracidad: *for ever*.

—No—replicó Gustavo—; la simple lectura no ha servido nunca de lección; es necesario que uno mismo haya pasado por ello.

—Á más de eso—se apresuró á decir la señora Baerwald—las novelas son generalmente leídas por las mujeres, y ustedes no tendrán la pretensión de creer que sus héroes despertarán simpatías á sus lectoras. Las mujeres no perdonan nunca la hipocresía en el amor.

—Sí, á un hombre—intercaló Baerwald.

—Tiene usted razón que le sobra, amiga mía; yo haré mejor en conservar mi historia para mi mismo, y guardaré también para mi uso la siguiente moraleja: «Que he sido un imbécil monumental.»

—Sí, mi pobre Bruchstaedt—replicó la señora Baerwald sonriendo—; un hombre sensato debiera haber pensado, desde luego, que representando con una mujer una comedia de sentimiento, tenía que ser engañado necesariamente. En ese juego es siempre más fuerte la mujer.